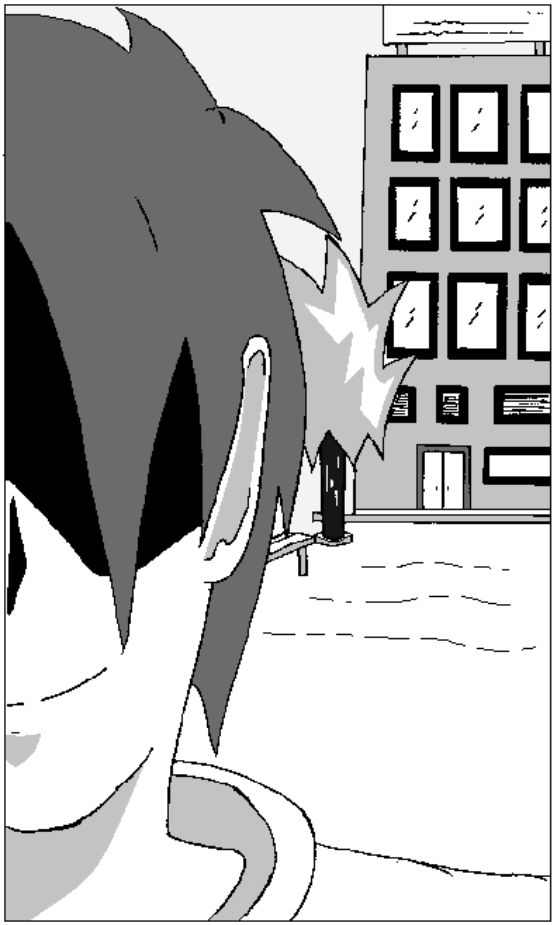
PROMOTION!

ART and STORY by
Salvador Moreno Pardines



CAPÍTULO 1

(CC)Salvador Moreno Pardines, 2021
Publicado de acuerdo con BiteStudios
https://bitestudios.gitlab.io/

Fecha de publicación digital: 1 de febrero de 2021, Alicante (España)

Promotion (2021), escrita por Salvador Moreno Pardines, está bajo una licencia de Creative Commons - Reconocimiento - NoComercial - 4.0 Internacional.
https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/deed.es

PRÓLOGO

¡Hola! Gracias por tomarte tu tiempo y empezar esta fantástica historia junto a mí. Tras nuestro buen recibimiento en el CPCRetroDev 2020, muchos nos dijeron que la aventura de Promotion, el videojuego que creamos, les había sabido a poco por lo frenético que era. Por esa razón, con el paso del tiempo y de los meses, estuve pensando en mejorar la experiencia para todos vosotros. He llegado a la conclusión de hacer una reimaginación del título con el que debutamos: transformándolo en una novela hecha y derecha.

Durante el proceso de creación, se quedaron muchas mecánicas, escenas y personajes por el camino debido a las limitaciones que existían con el sistema. Aquí, las rescataré para darle una nueva visión a la trama oculta que poseía el juego y dotarla de humor. Es cierto que la senda de la programación es complicada y está sujeta a cambios bruscos y repentinos. Estos, en ocasiones,

benefician al producto final o, en muchos otros casos, lo empeoran hasta el punto de ser aburrido.

Por tanto, os invito a seguir esta historia junto a mí y veremos cual es la vida de un equipo de desarrollo, como funciona una empresa y que valor poseen los diferentes sectores en cualquier compañía. Os encantará. ¡Disfrutad de la lectura!

SMP
Músico y cofundador de BiteStudios

1

Los primeros rayos de sol iban emergiendo lentamente por la ventana de la habitación. Esa luz cálida y anaranjada comenzaba a apoderarse de cada rincón de esta y, así, los objetos que adornaban aquella estancia, recuperaban su aspecto jovial y duradero. Uno de ellos, era bastante peculiar porque resaltaba sobre las demás posesiones en el escritorio de madera de pino. Eran unos folios dibujados con bastantes indicaciones y tachones a su alrededor. La mina impregnada en ese papel por los trazos te hacía sentir, de alguna manera, que aquello era importante y se había dedicado mucho tiempo. Además, el ordenador situado encima de aquel trabajo no estaba apagado del todo. Su monitor mostraba una pequeña lucecita parpadeando. Parece ser que la noche se

le presentó difícil y no pudo resistir al encanto del sueño.

La cama parecía un ovillo de lana, pues hacía frío y estaba justificado. En el calendario de la mesita de noche marcaba el día veinticuatro de noviembre. Con lo cual, estar rodeado de mantas durante toda la noche era una necesidad vital. Sin embargo, esto no le afectaba al dueño del cuarto. Gran parte de las noches se las pasaba pegando una cabezada en el sillón que tenía cerca de su escritorio. En ese aspecto era desordenado; debemos admitirlo. Pero para el resto de las otras tareas se empleaba con dedicación y esmero.

El despertador había comenzado a sonar de manera muy estruendosa y su sonido perduró y perduró hasta el cuarto de hora siguiente. Nadie hizo caso en esa primera tanda. La maquinaria biológica que se tenía que poner en marcha… Era más lenta de lo esperado. Su reloj volvió a sonar otra vez y una mano fue aproximándose a ciegas. Sí. Ahora la chispa se había encendido. Aquella mano seguía tanteando la mesita de noche para hallar el interruptor y detener aquel jaleo. Tras cuatro intentos, el silencio se apoderó una vez más de la habitación. ¡Qué placer!

El cantar de los pájaros era perceptible de nuevo, ya que estaban posados en el árbol más próximo a la ventana. Uno de ellos se acercó al

cristal y pudo contemplarse a sí mismo reflejado. Él comenzó a preparar su pico y le dio un golpe a la ventana reiteradamente. Al contemplar este follón, el resto de integrantes de su nido tuvo que parar la construcción e ir a detenerlo. Sabían que meterse en las zonas donde vivían los humanos no era una idea formidable.

Aquellos ruidos de fondo consiguieron lo que el despertador tenía como propósito: sacar a ese chico de su letargo. Empezó a abrir sus ojos tímidamente y lo veía todo muy borroso a su alrededor. Su visión no se había adaptado al cambio de luz y comenzó a parpadear repetidamente para recuperar su nitidez. Después de diez minutos intentando espabilarse, quiso incorporarse y ponerse erguido. No obstante, un dolor punzante apareció en su frente e hizo que el chico se mareara. Esto se debía a la enorme carga de trabajo que hacía durante todas las noches. Le gusta el horario nocturno y el silencio se había convertido en su mejor aliado para los encargos de la empresa. Y… Hablando de su empresa… Fue contratado por la compañía BiteStudios hace un mes. Era programador y lo habían incluido en el departamento de informática. Por esa razón, se metía esos atracones delante del ordenador.

Anduvo hasta el aseo lentamente y se apoyó en el lavabo. Abrió el grifo del agua caliente y

esperó a que se caldeara el líquido. Si tuviera que quitarse la porquería de la cara con agua helada, sería su perdición. Por tanto, aguardó y fue tanteando la temperatura con la mano izquierda hasta que la sensación de frío desapareció. Tenía la cara hecha un estropicio debido a las marcas de la almohada. Podía verlas con nitidez en el espejo e inclinó los ojos hacia arriba en señal de desesperación: no se iban del rostro.

Tras haberse aseado y vestido, ya tenía todo preparado para salir a trabajar. Era importante que no se olvidara de ningún detalle porque la imagen era primordial. Bueno, más bien, era en aquello que se fijaban los superiores cuando entraban por la puerta principal. Parecían radares detectando estados de ánimo y vestimentas inadecuadas. Había que tener cuidado para no ser cazado si llegabas tarde a primera hora de la mañana.

El teléfono móvil comenzó a vibrar en el recibidor cuando estaba cogiendo el maletín del ordenador portátil. Enseguida se percató y fue hacia él. Era una llamada.

—Dime —contestó con ánimo.

—¡Menos mal que has cogido el móvil!

—Sí… Perdona, Melia. Se me han pegado las sábanas —decía señalándose su marca en la cara.

—Ay madre… —Recriminaba desde el otro lado de la línea—. Llevamos esperando más de media hora a que dieras señales de vida. Necesitamos tus planos ya mismo. ¡Ven!

—Enseguida llego —concluyó y colgó el teléfono.

Aquella conversación lo había alterado un poco. Para ser más precisos, ni siquiera se había fijado en la hora del reloj. Hoy estaba muy despistado. Se colocó los zapatos con el calzador rápidamente y salió a paso ligero por la puerta de casa. Giró dos veces hacia la izquierda sus llaves y sonó un *clac* para confirmar que estaba cerrada. El pasillo del rellano quedó en completo silencio cuando los últimos pasos hicieron eco en el edificio. Los sueños y esperanzas que residían en ellos, se esfumaron de forma efímera con el transcurso del tiempo. Aunque una cosa sí se mantuvo: la determinación y su seguridad.

La plaza de la ciudad de Sunfield estaba repleta de gente yendo y viniendo constantemente. El sonido de los vehículos se entrelazaba con el bullicio de los ciudadanos y, así, surgía lo que se conoce normalmente como hora punta: atascos, griterío desmesurado, quejas etc. Todo aquello se intensificaría cuando fueran las nueve en punto, ya que los

negocios abrirían progresivamente sobre esa franja horaria.

Eran las ocho y media de la mañana y Melia acababa de colgar el teléfono. Estaba algo nerviosa porque debían finiquitar un proyecto en el que necesitaban estar todos reunidos para zanjarlo. Aquello le provocaba que se hiciera nudos en el extremo de su coleta de cabello cobrizo. Era un tic nervioso que siempre le surgía cuando la situación no la tenía bajo control. Ese día era la fecha límite, pues ya tuvieron tres largos meses para dejarlo encaminado. Pero ya sabéis: hay gente que le gusta apurar hasta el último segundo y, de esa forma, se torna contraproducente, con malas miradas, con quejas etc. Sin embargo, ella no estaba por la labor de repetirle el mismo discurso una y otra vez. Tenía que aprender a ser responsable y organizarse mejor el tiempo.

—Me estoy poniendo nerviosa —decía mientras iba de un lado al otro—. Faltan treinta minutos y este tío no viene.

Su compañero que iba conjuntado con unos vaqueros y una camisa de color azul marino se acercó y le contesto seguidamente:

—Confía en él. Será un tardón o un despistado, pero… Siempre trae el trabajo hecho y revisado —afirmó con una sonrisa.

Melia se detuvo un momento y miró al chico a la cara.

—Es que han sido tantas las broncas que le he echado por llegar tarde que estoy cansada, Axel.

Una voz joven y enérgica empezó a escucharse desde la lejanía acercándose hacia ellos. Al fin había llegado. Las caras de preocupación del grupo cambiaron un poco. Aunque seguían teniendo prisa para terminar el trabajo. El reloj continuaba su camino sin detenerse ante nadie.

—¡Hola! —Jadeó—. Siento la demora. Hubo un atasco en la avenida principal y me vi involucrado.

Ellos lo observaron con atención y su rostro estaba cubierto de gotas de sudor. Tenía el pelo humedecido y su camisa blanca de lino había quedado marcada por toda la zona de la espalda como si hubiera corrido una maratón. No iba precisamente como un galán. Con lo cual, deducían que esta vez no era una excusa barata porque lo veían apurado y fatigado. No como en otras ocasiones que llegaba andando y tan feliz.

—¿Has traído los planos, Apolo? —Preguntó cruzándose de brazos.

Él levantó su maletín e hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Les comentó que aquello fue lo primero que había introducido en la maleta porque

no podía dejárselo en casa. Hubiera sido la perdición para el grupo de trabajo y no tenían más margen para errores de ese calibre.

Tras un breve repaso, decidieron buscar un lugar para sentarse en la plaza y mirar los últimos detalles con tranquilidad. Abrieron los ordenadores y activaron las aplicaciones. Sin embargo, al parecer, a Apolo no se le había guardado la información de la noche anterior y, mientras lo revisaba, los nervios iban recorriéndole todo el cuerpo. Afortunadamente, su compañero Axel intervino de forma rápida y le actualizó la base de datos del programa. Melia contemplaba y negaba con la cabeza. «Será muy bueno estructurando los datos en los planos y redactando, pero, en lo referente a ordenadores, es un desastre» pensaba para sí misma alternando su mirada del portátil a sus compañeros.

El tiempo se les ponía en su contra a pesar de que tuvieran los planos de la estructura. Quedaba bastante código que meter y esa tarea les consumía horas. Entonces, decidieron buscar un lugar para sentarse en la plaza y mirar los últimos detalles con tranquilidad. Abrieron los ordenadores y No obstante, eso no le preocupaba a Axel en lo más mínimo, aunque fuera un problema. La capacidad del sistema sí que lo ponía en jaque, puesto que había un itinerario propuesto y no querían

desechar ideas muy potentes que darían variedad a la aplicación. Melia proponía constantemente que redujeran la calidad de los fondos y simplificaran algunos parámetros. De esa manera, podrían aumentar la memoria e ir con más soltura en otros aspectos de la programación. Por el contrario, Apolo estaba en desacuerdo con esa propuesta. Según él, esto le quitaría originalidad al trabajo y se vería muy similar a otras chapuzas creadas en años anteriores. Debían ser estrictos, pero sin pasarse.

—Chicos, todo el contenido de los planos es inviable —se detuvo unos segundos—. Spoiler: no tenemos memoria suficiente.

Esta noticia no le sentó nada bien al grupo y les cayó como un jarrón de agua fría. Apolo y Melia se encogieron de hombros y digirieron el secreto a voces.

—¡Es imposible! —Exclamó desesperado—. ¿Cómo nos ha pasado esto?

Axel le volvió a repetir que los personajes tenían demasiadas animaciones y que la única alternativa que quedaba, si no cambiaba la cosa, era borrar fotogramas inútiles que no servían para nada en el código.

Después de diez minutos localizando las imágenes correctas y desechando las que no podían utilizarse, guardaron los ordenadores en las maletas y pusieron rumbo hacia el edificio central.

Estaba a dos manzanas de la plaza donde se habían reunido. Por tanto, no tenía pérdida encontrarlo con facilidad.

Los últimos trabajadores llegaban poco a poco, apurados por la hora y con cara de preocupación, a la entrada de la compañía porque, desgraciadamente, el conserje se situaba en una esquina de la puerta observando a los rezagados. Este vestía unos pantalones de pinza grises ajustados en los tobillos y lo conjuntaba con un chaleco y unos zapatos negros a juego. Hablando de rezagados… Melia, Apolo y Axel estaban a punto de llegar y su presencia se hizo notar enseguida. Todo el paseo de los abedules que recorría desde la Avenida Mayora hasta las inmediaciones de la empresa contrastaba demasiado con esos tres. Uno a uno sacó sus credenciales de identificación para pasarla nada más llegar. El hecho de detenerse y escuchar la frasecita de «identificación, por favor» aunque se hubieran visto más de mil veces, les parecía algo totalmente innecesario. Subieron las pequeñas escaleras que había en la acera y anduvieron hasta el detector.

—Llegan tarde. —Indicó el conserje con su voz grave peculiar.

Apolo realizó un gesto afirmativo con la cabeza al sentir aquellas palabras, pero no quería cruzar su mirada con la suya por miedo a que se

alargara con otra frase. Por el contrario, Melia sí que quería romper el hielo.

—¿Qué tal, Bob? Una mañana atípica, ¿verdad? —Soltaba con una risa algo forzada para relajar la tensión.

Sus dos compañeros empezaron a mandarle mensajes encriptados con la mirada del tono «para el carro, tía» porque, si esto continuaba así, en vez de ir a su zona de trabajo, acabarían el despacho de sus superiores tragándose sermones por llegar a la hora que no tocaba.

—Puede ahorrarse sus palabras, señorita —carraspeó su garganta—. O tal vez quieran acompañarme sus amigos y usted a la cuarta planta.

¿La cuarta planta ha dicho? Debía ser una broma… Esto era lo que Apolo y Axel querían evitar a toda costa. Y estaban más cerca de conseguirlo que nunca. Sus rostros se habían vuelto pálidos en cuestión de segundos y las miradas de muerte hacia Melia se intensificaban lentamente.

—Aunque creo que hoy, concretamente, no hará falta —se acariciaba la barbilla con la punta de los dedos—. De hecho debéis ir al vestíbulo —concluyó el conserje.

Los tres retomaron su camino por el pasillo principal de la oficina y no había mucha actividad en él. Normalmente, esta zona adornada con cua-

dros enormes y bonitos sofás de terciopelo con esponjosos asientos, era habitada por trabajadores en sus horas libres que aprovechaban para tomar un descanso o, también, su taza preferida de café. Dedujeron que la gran mayoría de ellos estarían en el vestíbulo como les hizo saber Bob. Se preguntaban a sí mismos el porqué de una reunión hoy. Se suponía que a la una del mediodía, del día trece de noviembre, se cumplía la fecha límite para entregar los proyectos propuestos hace tres meses.

Habían atravesado la mitad del pasillo y los murmullos empezaban a escucharse con más intensidad. Apolo sufrió un pinchazo en el hombro izquierdo y una sensación desagradable le recorrió la espalda. Algo no andaba bien… Tenía una corazonada. Él desvió su mirada hacia Melia y Axel y estos se encogieron de hombros al no saber qué pasaba. Abrieron la puerta juntos y dejaron aquel corredor vacío, en silencio y soledad.

CONTINUARÁ…

El capítulo 2 será estrenado el día 8 de febrero de 2021 a las 10h.

Contacta con nosotros:
@bitestudios2020 (Twitter)
bitestudios2020@gmail.com